

LA PASION DE LA VERDAD

P. Fabbri

El semiólogo italiano Paolo Fabbri toma algunas imágenes de *Viernes* o los limbos del Pacífico para reflexionar acerca de las pasiones implicadas en el proceso de conocimiento. El conocimiento de la verdad no atañe únicamente al campo de la razón, sostuvo Fabbri en una conferencia pronunciada en el Centro Ortega y Gasset de Madrid, a la que corresponde este fragmento. ¿Cómo cambia el sujeto, cómo cambia el mundo cuando aquél descubre la verdad? El libro de Tournier desafía al teórico a pensar sobre las transformaciones pasionales que la verdad introduce en el mundo y en el sujeto.

Esta conferencia ha sido parcialmente publicada en la Revista de Occidente, a la que agradecemos nos haya proporcionado las grabaciones de la misma. Citamos los fragmentos del libro de Tournier en la cuidada traducción de Lourdes Ortiz para la editorial Alfaguara.

El problema de la verdad es el de la constatación, la correspondencia entre el lenguaje y el mundo. La verdad es una construcción que transforma las condiciones que la han planteado. En el fragmento siguiente de **Viernes o los limbos del Pacífico**, Robinsón ha tratado de dominar la isla imponiéndose obligaciones muy estrictas. Ha construido un reloj de agua, una clepsidra, cuyo ritmo rige su vida, ordena lo que debe ser y lo que debe hacer.

El alba era ya rosa, pero el gran concierto de los pájaros y los insectos no se había iniciado todavía. Ni un soplo de aire animaba las palmeras que festoneaban el gran portón abierto de la residencia, Robinsón abrió los ojos mucho después de lo acostumbrado. Se dio cuenta inmediatamente,

pero su conciencia moral, que sin duda dormía aún, no se planteó ningún problema a causa de ello.

Todo está en silencio. No hay movimiento. También la conciencia moral de Robinsón está en silencio.

Imaginó, como en un panorama, toda la jornada que le esperaba a la puerta. Primero tendría el aseo, luego la lectura de la Biblia (sigue la enumeración de sus obligaciones) (...)

Robinsón se preguntaba abrumado si además tendría tiempo para acabar la glorieta de helechos (...) cuando sorprendió de pronto la causa de su tardío despertar; se había olvidado la víspera de recargar la clepsidra y se había parado. A decir verdad, el silencio insólito que reinaba en la pieza acababa de serle revelado por el ruido de la última gota al caer en el recipiente de cobre.

Robinsón, antes tranquilo, se siente de pronto abrumado: primera transformación pasional. No tenía conciencia moral, pero el recuerdo de sus obligaciones le convierte en una persona abrumada, dominada por la sensación de que algo se le echa encima. Entonces comprende que el reloj se ha detenido. Lleva a cabo muy pocas acciones: ha abierto los ojos, ahora girará la cabeza.

Volviendo la cabeza, constató que la siguiente gota aparecía tímidamente en el extremo de la bombona vacía, se alargaba, adoptaba un perfil periforme, dudaba luego, como desanimada, recuperaba su forma esférica y volvía a acender hacia su fuente renunciando a caer y esbozando incluso una inversión del curso del tiempo.

La gota baja, se alarga y vuelve a subir un poco. Con esta metáfora se propone la idea de que el tiempo queda suspendido e incluso casi se invierte. La gota, además de hacer muchas cosas, tiene muchas pasiones: aparecía tímidamente, dudaba desanimada, renunciaba decididamente a caer. Sufre una serie de transformaciones desde la timidez inicial a la decisión final. Robinsón se limita a constatar que el mundo se transforma física y pasionalmente. Bien es cierto que el mundo está ahí para representar sus pasiones, como en los llamados cuentos maravillosos. En los cuentos aparecen animales fabulosos u objetos como actores delegados, representaciones figurativas de las competencias de los sujetos. El sujeto delega en ellos un saber hacer físico o pasional. El mundo asume las pasiones de Robinsón.

Robinsón se estiró voluptuosamente en su lecho. Era la primera vez, desde hacía meses que el ritmo obsesivo de las gotas, estallando una a una en el balde, cesaba de dirigir sus menores gestos con un rigor de metrónomo. El tiempo quedaba suspendido.

Del estar abrumado pasa a la voluptuosidad. La voluptuosidad es una actitud adoptada por el sujeto tras la detención del tiempo, o mejor, cuando la gota anuncia su decisión de querer de-

tener el tiempo. El sujeto ya no está dominado, puede hacer lo que quiera. Fin del tiempo: fin de la obligación, apertura de la libertad. Se podría objetar que el tiempo nunca termina; el tiempo existe siempre. La respuesta a esta objeción lógica está en los textos. Léase cualquier relato y se verá cómo el tiempo se detiene.

Robinsón estaba de vacaciones. Se sentó el borde de la cama, Tenn se acercó y colocó amorosamente su hocico sobre su rodilla.

Soy decididamente contrario a la crítica literaria hecha de juegos de palabras. Creo que son operaciones que sustituyen a las operaciones del pensamiento. El deconstruccionismo actual es una amplia organización de juegos de palabras que sustituyen al pensamiento. Pero aquí nos encontramos ante un caso más interesante. Es la primera vez que Robinsón, el sujeto individual por definición, se encuentra amorosamente unido a alguien, a su perro Tenn. Tomo, pues, en serio la palabra **genou** (rodilla): **je-nous**: yo y nosotros, como un juego con el significante que da un significado.

¡De modo que la omnipotencia de Robinsón sobre la isla —hija de su absoluta soledad—, llegaba hasta un dominio del tiempo! Saboreó con arrobo el hecho de que a partir de ese momento no dependería más que de su voluntad tapar la clepsidra y suspender así el vuelo de las horas...

Aquí tenemos otra transformación de Robinsón. En el momento en que reconoce que no recibe órdenes, hace una hipótesis de omnipotencia; tiene todo el poder, incluso el de detener el tiempo. Veamos las consecuencias pasionales de la omnipotencia: *saboreó con arrobo*. Le habíamos visto abrumado, después llegó la voluptuosidad, luego el amor, ahora tenemos el arrobo. Tras la convicción de su omnipotencia se levanta, otra acción física, de las pocas que ha hecho, ha abierto los ojos, ha vuelto la cabeza, se ha desperezado, ahora se va a levantar y a apoyarse en el quicio de la puerta.

De pronto, todo cambia. Este es el momento del relato en que se invierte drásticamente la relación de actividad y pasividad. A partir de ese momento, Robinsón se convierte en el objeto de las acciones de la isla, y deja de ser sujeto. De la hipótesis de su omnipotencia, Robinsón va a pasar a la inversión total; se transforma en el objeto de las pasiones del mundo.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. El desvanecimiento de felicidad que le embargó le hizo tambalearse y le obligó a apoyarse con el hombro en una de las jambas.

Aparece una nueva obligación. Pero no es una obligación que el sujeto se haya impuesto a sí mismo. Es el mundo quien se la impone al sujeto. La omnipotencia se transforma en el máximo

de pasividad. El sujeto se convierte en parte del mundo, mientras antes sólo formaba parte del mundo en cuanto se daba órdenes como sujeto.

Más tarde, al reflexionar sobre aquella especie de éxtasis que le había embargado y tratando de darle un nombre, lo llamó un momento de inocencia.

Una nueva transformación pasional: el éxtasis. Entre el arrobo anterior y el éxtasis posterior hay todo un abismo narrativo. El arrobo estaba ligado a la hipótesis de omnipotencia. Es el reconocimiento de la obligación del sujeto en cuanto hombre en el mundo. El valor de las pasiones sólo puede establecerse observando su sintaxis en los textos. Un psicólogo, un psicoanalista o un lingüista ingenuo, estadístico, coleccionista de datos, dirían que entre el arrobo y el éxtasis hay cierto parecido. Pues bien, son las pasiones más distintas que se pueda imaginar. Sabemos que no se puede estudiar el lenguaje palabra por palabra, porque las palabras se encuentran en frases y son las frases las que seleccionan el valor de las palabras.

Había creído en un primer impulso que la detención de su clepsidra no había hecho más que aflojar las redes de su empleo del tiempo y detener la urgencia de sus trabajos. Pero ahora se daba cuenta de que aquella pausa, no era exclusivamente un acontecimiento suyo, sino de toda la isla.

Esto es algo que había quedado dicho. Lo repite, porque Tournier es francés (*si no lo han entendido, se lo explicaré otra vez*).

Se podría decir que las cosas, al cesar de pronto de inclinarse unas hacia otras orientadas por su utilización —y usura— habían regresado a su esencia; las cosas manifestaban todos sus atributos, existían por sí solas, ingenuamente, sin otra justificación que su propia perfección (...) Había algo de felicidad suspendida en el aire y, durante un breve instante de indecible alegría, Robinsón creyó descubrir otra isla tras aquélla en la que había pensado solitariamente desde hacía ya no tanto tiempo: otra isla más fresca, más cálida, más fraternal, enmascarada habitualmente por la mediocridad de sus ocupaciones.

En esa extraordinaria frase en que repentinamente toma la palabra un *se* impersonal, las cosas regresan a su esencia y su razón de ser está en su perfección. Por fin pueden tener los lingüistas y los semiólogos un momento de felicidad. La perfección no es una categoría estética, es una categoría procesual. El concepto gramatical del aspecto abarca las diferentes visiones sobre un proceso (imperfecto, perfecto, incoativo, durativo...). El mundo aparece aquí para algún observador como acabado, perfecto. Robinsón pasa por una nueva transformación: alegría indecible. Mientras antes trataba de dar un nombre a su emoción, ahora acepta la indecibilidad.

Nos encontramos ante un momento clásico de la pasión. La pasión extrema es el momento en que remite el lenguaje. La pasión sobrepasa a la lengua y es, por tanto, en cierta medida, in-nombrable. El dominio de la pasión sobre el lenguaje es uno de nuestros grandes problemas. Pero lo indecible no está ligado al valor de las cosas, es un efecto de la transformación pasional. Toda la estética moderna afirma que existe una indecibilidad. Pero además de afirmarlo, se puede ontologizar la indecibilidad. En el momento que nos ocupa, Robinsón, al renunciar a decir, descubre. Es precisamente cuando renuncia a nombrar cuando se le revela el secreto, la otra isla antes enmascarada. Por tanto, la indecibilidad no mantiene a las cosas en su secreto. Tal vez, la indecibilidad sea un instrumento del descubrimiento, como en este caso.

Hay muchas estrategias de la verdad. Una de ellas puede ser esta sistemática transformación pasional. En el interior de Robinsón, que realiza las pocas acciones que hemos visto, se da tal transformación emotiva que es conducido de la ausencia moral hasta el descubrimiento de la verdad.

La verdad puede aparecer en la suspensión de la moral. Mi amigo Apel, el filósofo, dice que debemos arrancar la verdad de las manos del racionalismo para devolverla a las manos de la ética. Tal vez, pero no es el caso de Robinsón. Para Robinsón hay configuraciones pasionales, surgidas en determinadas condiciones, que le llevan a descubrir la otra isla, la verdad ontológica de la isla, en el desdoblamiento del mundo (en el proceso de revelación de la verdad se ha producido un desdoblamiento de la realidad).

Pero el sujeto también se ha transformado con este descubrimiento. No se volverá a repetir el momento de inocencia. Robinsón intenta hacerlo, prueba a detener nuevamente la gota, pero el efecto que produce ya no es el mismo, porque el sujeto ya no es el mismo tampoco. La verdad no resulta de la constatación de una correspondencia entre el lenguaje y el mundo sin consecuencias ni sobre el sujeto ni sobre el mundo. La verdad es el resultado de un proceso y es también transformadora de un estado, el del sujeto pasa a conocerla.

Trad. Susana Hurtado